



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 07

22.11.2020

DOMINGO DE LA 34ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

SOLEMNIDAD DE NUESTRO SR. JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de Ezequiel (Ez 34, 11-12. 15-17).
Salmo Responsorial	Salmo 22 (Sal 22, 1-2a. 2b-3. 5. 6).
2ª Lectura	De la 1ª Carta del Ap. San Pablo a los Corintios (1Cor 15, 20-26. 28).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO (Mt 25, 31-46):

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”. Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”.

Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos, más pequeños conmigo lo hicisteis”.

Entonces dirá a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”. Entonces también estos contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te asistimos?”.

Él les replicará: “En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo”. Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna».

ENCUENTRO CON JESÚS:

... Porque tuve hambre y me disteis de comer...



Los cristianos estamos llamados a dimensionar el mundo para que un día, Cristo, quien ha dado su vida por todos, pueda presentarlo redimido y liberado de todo lo que hoy es oprobio e ignominia. Hoy, en tiempos de pandemia, hay lugar claro para manifestar en hechos lo que nos pide Cristo en el Evangelio.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre las bienaventuranzas:

6ª Bienaventuranza: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.

Audiencia General, miércoles 1 de abril de 2020.

Hoy leemos juntos la sexta bienaventuranza, que promete la visión de Dios y tiene como condición la pureza de corazón. El salmo 27 dice: «Busco tu rostro, Señor. No me ocultes tu rostro». Y el Libro de Job: «Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos».

Muchas veces pienso que éste es el camino de la vida, en nuestra relación con Dios. Conocemos a Dios de oídas, pero con nuestra experiencia avanzamos, avanzamos, avanzamos y al final lo conocemos directamente, si somos fieles... Y esta es la madurez del Espíritu.

¿Cómo llegar a esta intimidad, a conocer a Dios con los ojos? Se puede pensar, por ejemplo, en los discípulos de Emaús, que tienen al Señor Jesús a su lado, pero no le reconocen. El Señor les abrirá los ojos al final de un camino que culmina con la fracción del pan y que había empezado con un reproche: «¡Oh, insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!». Este es el origen de su ceguera: el corazón insensato y tardo. Y cuando el corazón es insensato y tardo, no se ven las cosas.

Aquí reside la sabiduría de esta bienaventuranza: para contemplar, es necesario entrar dentro de nosotros mismos y hacer espacio a Dios porque, como dice San Agustín, «Dios es más interior que lo más íntimo mío». Para ver a Dios no hay que cambiar de gafas o de punto de mira: ¡hay que liberar el corazón de sus engaños! La batalla más noble es contra los engaños internos que generan nuestros pecados. Porque los pecados cambian la visión interior, cambian la valoración de las cosas... Por lo tanto, es importante entender qué es la «pureza de corazón».

El Evangelio de Mateo dice: «Si la luz que hay en ti es tiniebla, ¡qué grande será la oscuridad». Esta “luz” es la mirada del corazón, la perspectiva, la síntesis, el punto de lectura de la realidad.

Esta purificación interior implica el reconocimiento de esa parte del corazón que está bajo el influjo del mal para aprender el arte de dejarse siempre adiestrar y guiar por el Espíritu Santo.

El camino del corazón enfermo, del corazón pecador, del corazón que no puede ver bien las cosas, porque está en pecado, a la plenitud de la luz del corazón es obra del Espíritu Santo. Él es quien nos guía para recorrer este camino. Y así, a través de este camino del corazón, llegamos a “ver a Dios”.

En esta **visión beatífica** hay una dimensión futura, escatológica, como en todas las Bienaventuranzas: es la alegría del Reino de los Cielos hacia la que vamos. Pero existe también la otra dimensión: ver a Dios significa comprender los designios de la Providencia en lo que nos sucede, reconocer su presencia en los sacramentos, su presencia en los hermanos, especialmente en los pobres y los que sufren, y reconocerlo allí donde se manifiesta.

Esta bienaventuranza es un poco el fruto de las anteriores: si hemos escuchado la sed del bien que habita en nosotros y somos conscientes de que vivimos de misericordia, comienza un camino de liberación que dura toda la vida y nos lleva al Cielo. Es un trabajo serio, un trabajo que hace el Espíritu Santo si le damos espacio para que lo haga, si estamos abiertos a la acción del Espíritu Santo. Por eso podemos decir que es una obra de Dios en nosotros; y esta obra de Dios y del Espíritu Santo lleva a una gran alegría, a una paz verdadera. No tengamos miedo, abramos las puertas de nuestro corazón al Espíritu Santo para que nos purifique y nos haga avanzar por este camino hacia la alegría plena.



II. ÉTICA DEL CUIDADO DE LOS ENFERMOS: DIGNIDAD, SALUD, ENFERMEDAD (3)

La enfermedad, una buena ocasión para plantearse el sentido de la vida.

La enfermedad fuerza un parón en la actividad cotidiana y obliga a reflexionar sobre la propia vida, a resituarse ante esta nueva situación y a replantearse objetivos. Al atender a los enfermos, es fundamental tener en cuenta esta faceta que acompaña al enfermar: es un momento de crisis interior. El enfermo frecuentemente se plantea preguntas de fondo acerca de su vida y precisa ser sostenido y acompañado —fundamentalmente por sus familiares y seres queridos— para que aflore el sentido profundo de lo que está viviendo y crezca como persona que se enfrenta a una nueva situación de enfermedad. Se debe tener en cuenta que, en el caso de enfermedades serias, no aparecen fácilmente respuestas de sentido. El acompañamiento espiritual y el sentido trascendente de la vida ayudan a que el enfermo encuentre referencias fundamentales para abordar la enfermedad y la discapacidad. San Pablo refería la situación de vida y de muerte a un fundamento mucho más profundo en el que aparece su sentido: «*Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que ya vivamos ya muramos, somos del Señor*».



Es natural tener miedo a morir, pues el ser humano está orientado naturalmente a la felicidad, y la muerte se presenta como una ruptura traumática. La explicación bíblica de la muerte como elemento ajeno a la naturaleza primigenia del ser humano encaja perfectamente con la psicología personal y colectiva que acredita una resistencia instintiva ante la muerte. Jesús mismo, en Getsemaní, experimentó el miedo y angustia ante la inminencia de su pasión y muerte: «*Empezó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dijo: “Mi alma está triste hasta la muerte, quedaos aquí y velad conmigo”*» (Mt 26, 37-38). Desde luego, es natural sentir miedo a una muerte dolorosa, como también lo es tener miedo a una vida sumida en el dolor. El miedo a un modo de morir doloroso y dramático puede llegar a ser tan intenso que puede conducir a desear la muerte como medio para evitar tan penosa situación. Pero la experiencia demuestra que, cuando un enfermo que sufre pide la muerte, en el fondo está pidiendo que le alivien los padecimientos, tanto los físicos como los morales, que a veces superan a aquellos, como la soledad, la incompreensión, la falta de afecto y consuelo en el trance supremo. Cuando el enfermo recibe alivio físico, compañía, afecto y consuelo psicológico y moral, la cercanía e implicación de su propia familia y de sus seres queridos y entorno social, así como la adecuada atención médica y sociosanitaria, la experiencia muestra que deja de solicitar que pongan fin a su vida.

En su naturaleza última, el dolor y la muerte encierran el misterio del ser humano y el misterio de la libertad y del amor, que son realidades vivas e íntimas, aunque intangibles, y que no encuentran explicación suficiente en la física o la química. El dolor y la muerte no son criterios adecuados para medir la dignidad humana, pues esta es propia de todo ser humano sencillamente por el hecho de serlo.

Llegado el momento supremo de la muerte, podemos ayudar a que el protagonista de este trance lo afronte en las condiciones más adecuadas posibles, tanto desde el punto de vista del dolor físico como también del sufrimiento moral. El afecto y la solicitud de la propia familia, el consuelo moral, la compañía, el calor humano y el auxilio espiritual son elementos fundamentales. La dignidad de la muerte radica en el modo de afrontarla. Por eso, en realidad, no sería apropiado hablar de «muerte digna», sino más bien de personas que afrontan la muerte con dignidad.



Especial Jóvenes

Parroquia NTRA. SRA. REINA del CIELO

Año X
Nº 07
22.11.2020

CRISTIANOS PROTESTANTES (3)

ESCRITURA Y TRADICIÓN: Protestantes y Católicos creemos en Jesucristo, Palabra de Dios, Verbo hecho carne. La Palabra de Jesús se concretó enseñada en el Nuevo Testamento. La diferencia entre protestantes y católicos está en la transmisión actual del Mensaje.

Punto de vista protestante. Leer la Escritura es encontrar a Cristo. La Biblia se interpreta en comunidad y no individualmente. Católicos y protestantes admitimos el mismo Símbolo del "**Credo niceno-constantinopolitano**" de los Concilios Ecuménicos (325 y 381) de Nicea. Para muchos protestantes la autoridad de los dogmas no puede sustituir la experiencia íntima del Evangelio, ni el testimonio interior del Espíritu Santo, dando lugar al «libre examen», es decir la interpretación del Antiguo Testamento y del Nuevo, según su propia intuición.

Punto de vista católico. Jesucristo ha proclamado por sí mismo el Evangelio y ha ordenado a sus Apóstoles predicarlo a todos. Ellos transmitieron a sus sucesores, que son los obispos, su misión de enseñar. Así se continúa, a través de los siglos, ininterrumpidamente, la Tradición Apostólica.

La responsabilidad de interpretar de manera auténtica la Palabra de Dios, escrita o transmitida, fue confiada al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en nombre de Jesucristo y con la asistencia del Espíritu Santo. Tradición oral y Magisterio han precedido, pues, a la Escritura, pero los tres están tan unidos y solidarizados entre sí, que ninguna de estas realidades subsiste sin las otras.

NATURALEZA DE LA IGLESIA: Lutero, después de haber rechazado la autoridad y tradición católicas, cree, primeramente, en una Iglesia puramente espiritual, pero enseguida presiente el peligro: «tantos credos como sectas y tantas sectas como cabezas». Por eso vuelve a la organización visible y confía la autoridad temporal y espiritual a los soberanos laicos. Los príncipes reemplazaron a los obispos. En nuestros días, las Iglesias luteranas buscan independizarse del poder civil.

Calvino sustituye a la jerarquía católica por un ministerio colegial diversificado en cuatro funciones,

según los carismas de cada uno: pastores y doctores (predicación y enseñanza),

ancianos y diáconos (gobierno y asistencia), que reciben la imposición de manos. Católicos, ortodoxos, y anglicanos reconocen siete sacramentos. Los protestantes no admiten más que dos: Bautismo y Santa Cena, porque son los que constan más claramente en la Escritura.

DOCTRINA CATÓLICA: Cristo ha confiado sus sacramentos a una sociedad visible y jerárquica, la Iglesia Católica, que es la prolongación visible de la Encarnación, Jesús, que es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Ha querido que nos uniéramos a Él, especialmente por la recepción de los Sacramentos, cuya dispensadora es la Iglesia. De la misma manera que por medio de un cuerpo humano, el Verbo se hizo presente sobre la tierra, en Galilea, ahora Cristo, vive en el mundo por medio de la Iglesia. He aquí por qué ella, a pesar de sus imperfecciones, puede llamarse Cuerpo de Cristo.

EL DIALOGO ENRIQUECEDOR: ¡Cuántos cambios de clima en la Iglesia desde aquella rebelión del siglo XVI! Ahora comenzamos a mirarnos con más comprensión, con más estima, hemos aprendido a orar juntos, a acercarnos espiritualmente. No es solamente la obra de algunos avanzados, como el Monasterio de Taizé (Francia), donde protestantes y católicos, se ven unidos en liturgia y oración, pues el Espíritu Santo nos empuja a esta unión.

Oración por el movimiento ecuménico: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre».

Para nosotros, católicos, sería muy bueno que no dejáramos de ser fieles a la Eucaristía dominical, participar en los Sacramentos, leer la Biblia. En esto puede ayudar la lectura de los textos de la Eucaristía diaria, que son muy breves, interesantes y amenos. En YOUTUBE se pueden encontrar fácilmente.



FICHAS DE CULTURA RELIGIOSA, PARA JÓVENES, de Pierre Dentin y un equipo de párrocos.